

LA RAZON ROMANTICA

HE vuelto a Atenas con la imaginación y el deseo. Estoy sentado en el balcón de mi casa de la calle Venizelos. Entre la piel y la camisa blanca, circula la brisa acalorada. Vuelan sábanas lejanas sobre tejados verdirrojos, y creo, firmemente creo con Borges, que esa insinuante Luna que parece llegar desde las fuentes del Egeo es la misma Luna en fiberglás marfil que me acuesta en mi apartamento de Santa Bárbara. Sólo que la Luna del cielo de Atenas parece un astro de artesanía, como todas las cosas geográficas y humanas de los pueblos pobres. Nunca volveré a Atenas. En realidad, tal vez nunca estuve en la Atenas; nací al destierro el mismo día en que comprobé el desajuste entre mi sistema métrico decimal y el del poder. Miraba al Norte y era de ellos. Me acercaba a la frontera del Sur y era de ellos. El Este. El Oeste. Pero yo confiaba en que algún día abrazaría unos puntos cardinales hechos a la medida de mi libertad y las montañas habrían perdido toda la sujeción histórica acumulada, los ríos descontaminados de orines de bestia, los mares sin las arrugas del odio ni las cuchillas de vigilantes peces metálicos.

Sin saber por qué, creí en la esperanza de que en octubre todo cambiaría. Milagro de la "rentrée", un octubre, posiblemente el próximo, alguna trompeta anunciaría el galope redentor de la caballería popular. Es el momento más esperado por todos los sitiados. Los jinetes rojos galopan a la crin asidos. Les bastan los ojos para abrir el túnel omnipotente por donde lo nuevo arrolla a lo viejo, lo vence, lo precipita en la fosa de los horrores. Y al compás del Yellow submarine las gentes saldrían de sus madrigueras vestidos de piel humana, en las manos ramas de olivos de Lesbos, en las fronteras de los dedos ese tacto que transforma en propicia cualquier forma de otredad:

«TOUCH ME, PLEASE»

Los norteamericanos lúcidos quieren volver a aprender a tocarse sin horror. ¿Cuándo nació el horror por la piel ajena, por el calor animal del otro que amenaza el frío cristal de nuestra asumida intimidad? En el cruce de Saratoga Street, un negro quiso acuchillarme porque le rocé al pasar. Soy un griego romántico, nada más que eso. El policía no lo entendía. El negro, tampoco. Yo había visto acercarse al hom-

bre negro, y no me bastó sonreír, como siempre hago cuando se me cruza un negro. Creí necesario rozarle con mi codo para convencerle de que no soy un racista.

«ARE YOU A ROMANTIC GREEK?»

"Sí", le contesté al juez, y traté de explicarle que la razón romántica no murió con aquellos personajes de Elliot, muertos en el agua porque les habían despertado las sirenas. La razón romántica vuelve cada otoño de la Historia a encender los braseros en las habitaciones marrones y asoladas donde la tuberculosis mental se protege de los estampidos de las hojas muertas. El romanticismo que quiso conquistar la realidad y la Historia sólo existió una vez, muy poco tiempo. Nació en la toma de la Bastilla y murió en la revolución de 1848. El que quedó aletargado a veces, pero siempre reclamado por la necesidad, fue el romanticismo protector de la dictadura de las evidencias hostiles. Creo que estas gentes con las que convivo han alcanzado ya una renta "per cápita" de un billón de dólares diarios, pero los jóvenes cantaron y cantan.

This is not a story
This is for real
The longer in jail
We want a head
to run the country
We need a future
for society.

Y cuando sueñan, se inventan rostros de blanca palidez, de amantes que murieron ahogados en el mar de la tristeza o en las catacumbas musicales; hacen suyas estas palabras de Ravi Shankar:

"Cuando toco música, pierdo todo contacto con el mundo externo. Los ojos se me cierran y procuro descubrir cuáles son mis más íntimas sensaciones. Es el triste deseo de ser algo, que hasta ahora no he conseguido ser".

La burguesía positivista trató por todos los medios de que nos avergonzáramos del yo de los abandonos, y sólo hiciéramos nuestro el yo de los conquistadores y el nadie de los conquis-

tados. No sé por qué le hizo el juego un cierto progresismo dividido de pedir perdón por haber nacido de uno en uno. Tal vez los asesinos deban pedir perdón por haber nacido de uno en uno, pero los demás tenemos el pequeño derecho de pedir explicaciones de todo lo que perdemos de uno en uno: la juventud, el amor, la vida misma. El profesor Aristóteles McManus dedicó treinta años de su vida al estudio de la desaparición del plancton, con el concurso de cinco computadoras de tres generaciones. Sólo era feliz de noche, cuando se le aparecía una mujer desnuda color ámbar con los mismos rasgos que una vecina suya, madre de doce hijos. Durante diez años, el profesor McManus le dio los buenos días sin tomarse la más mínima libertad lógica con una compañera de tantas noches. Pero en la celebración del Día de Acción de Gracias del año 1971, el profesor y la vecina coincidieron en el mismo nivel ético, y se besaron en el garaje, mientras las familias mutuas cortaban un pastel de hojaldre sobre el que habían compuesto la bandera de los Estados Unidos a base de nata y mermelada de grosella. El profesor McManus dejó de preocuparse por el cálculo científico de la muerte del plancton, y escribió un poema titulado Historia de amor de la Dama de Ambar. Según leo en la revista Yellow People, el poema ha sido prohibido en los mismos países en que no se ha proyectado El último tango en París. El largo poema de McManus tiene la obsesividad de la melancolía romántica. En la línea de La chanson du malaimé, de Apollinaire, McManus describe el placer furtivo del sueño no compartido, la angustia de la revelación carnal en el garaje, la impotencia en el primer encuentro, y finalmente estalla en una convulsiva autocompasión por el abandono de la dama, reclamada por sus deberes de esposa y madre.

Feliz aquel que entró
en la mujer prohibida,
se bebió su fuego
y la durmió vacía;
le di rubios alcoholes,
cambió hasta de perfil anoche-
[cida,

se le caía el talco, el plexiglás,
frías las sopas hechas con tanto
[amor.

McManus no tuvo más remedio que ser consecuente con su frustración amorosa. Sobre todo después de escribir:

Por fin ya sé quién se quedó
de sal en las afueras
de la ciudad prohibida,
quién fue el muerto de esta
[aventura,
quién nació para estatua de sal,
para perder ciudades,
para morir de hondura;
quién nació para llorar el mar.

Los psiquiatras llamados a consulta opinaron que se trataba de un caso de flagrante falta de yodo en algún rincón del cerebro. Otros dijeron que bajo el mandato de Richard Nixon, cualquiera podía ser víctima de obsesiones oníricas. Una consulta urgente entre psiquiatras, sociólogos y abogados produjo un memorándum, en el que se aconsejaba una medicación a base de yodo, la dimisión de Richard Nixon y un año sabático. McManus termina sus días tocando la flauta por las calles de Tánger, y la famosa Dama de Ambar se ha dado a la bebida de "ángeles blancos", un cóctel a base de vodka y ginebra que patentó Truman Capote antes de la guerra de Vietnam.

La historia de McManus es un poco la historia de cualquier ser humano. El reto de quitarse una vez, una sola vez, la máscara aceptada, se paga caro, muy caro, y el precio es alto, debido al pánico decretado por los legisladores de los valores convencionales. McManus debía haber recorrido los metros que separaban el garaje del salón del pastel cogido de la mano de la Dama de Ambar, y ante la complacencia general debía haber podido decir: La sueña, la amo, nos vamos a un rincón del mundo donde podamos desnudarnos de vestidos y pieles falsas. En un mundo limpio y libre, una salva de aplausos y felicitaciones habría estallado; y la breve comedia por la novedad tendría la réplica inmediata de las postales felices que McManus y la Dama de Ambar enviarían desde los jardines líricos del Universo.

Pero algún día se hará justicia a estos locos pioneros.

En Pasadena ha muerto un anciano de un ataque de indignación; descubrió que su mujer, de parecida edad, hacía manitas con el lechero, diez años más joven. El nieto de Picasso se bebió una botella de lejía porque no le dejaron ver a su abuelo de cuerpo presente. Cada noche alguien llama a alguien por teléfono y le

dice: "Me he tomado un tubo entero, corre". El reguero de hormigas "hippies" deambula desorientado, borrado el camino de Katmandu por el pie de los ogros gigantes. Los "kamikazes" de Septiembre Negro se arrojan a las llamas recitando La canción del pirata, de Espronceda. A pesar de los fondos de inversión, de las sopas sintéticas hechas con amor,

de la lluvia de desodorante que uniforma los sobacos, hay adolescentes infelices porque no consiguieron hacer el amor con la dama del paraguas, y hay adolescentes heroicos que pintan de día las fachadas de Buenos Aires, y mueren de noche en Brasil, bajo las botas del Escuadrón de la Muerte.

¿En qué manual se aprenden estos gestos?

¿Qué razón histórica puede conducir a una autodestrucción liberadora? Hay que llevar un "no" enorme en el corazón para poder rechazar la tentación de un mundo en el que Watergate se explica en última instancia por la cumbre de Moscú, y en el que el crecimiento del fascismo tiene como penúltima explicación el miedo de todo fascista a que la

mujer propia se fugue con Aristóteles McManus, o en el que las ciudades de acero y hormigón niegan la piedad de la flor a un niño que ha nacido para ir de casa al trabajo, del trabajo a casa, por túneles sin salida de urgencia.

Frank Zappa pidió que se arrebatara el poder a los viejos. Nunca lo han tenido. Creerlo ha sido una trampa. El poder lo tienen los taxidermistas, y la función del poder es crear apariencias de vida, pero sin vísceras. Tuli Kupferberg temía a los viejos:

"Tendremos que cortarnos las melenas e infiltrarnos de forma invisible. Esto sucederá cuando un régimen fascista quiera cortarnos la cabeza. Y este peligro existe realmente entre la gente de cuarenta y sesenta años de este país".

Y añadía después:

"Creo que la revolución vencerá si logramos sobrevivir los próximos años. Creo que entonces gozaremos de un florecimiento artístico, social y humano tan profundo y hermoso, que toda la pasada historia de la Humanidad se nos aparecerá como una pesadilla tonta e insensata, cosa que quizá haya sido, quizá sea".

Pobre Tuli Kupferberg. Compró en el supermercado un elixir juvenil último modelo, con cambio de marchas automático, y desconoce las cárceles llenas de ancianos, que pelearon, pelean y pelearán por el cambio. Ancianos que jamás verán convertido su lenguaje en mercancía, porque es un lenguaje no estuchable, de pequeñas acciones, regulares, continuas, como las zancadas del corredor de fondo.

Pero hay que tener piedad con los que tienen prisa y desconocen que en el asesinato de Giordano Bruno comenzaba la victoria de la Bastilla. Y hay que tener piedad con los que racionalizan el sentimiento a partir de un orden del día, en pleno desorden de los puntos cardinales.

Abrazaros al "no" como un neumático, gentes de Atenas. Griegos del mundo, griegos de alcoba, vietnamitas todos, hijos, hermanos míos. Recuperad el "yo" frente a las leyes, el habla frente al televisor, la zancada regular bajo el dedo cósmico de la paralización, y no os importe componer una estampa romántica de héroe desmelenado con una espada bruñida frente a la tempestad. Con ese disfraz es posible que se rompan los espejos donde os truncan la imagen y aparecéis sobreviviendo gracias a toda clase de mutual desterrence. ■ Dibujo de OPS.

